

4 ABRIL 2021
1º DOMINGO DE PASCUA



1. CONTEXTO

RESUCITADO POR DIOS

Nunca podremos precisar el impacto de la ejecución de Jesús sobre sus seguidores. Solo sabemos que los discípulos huyeron a Galilea. Más que hombres sin fe son ahora discípulos desolados que huyen del peligro, desconcertados ante lo ocurrido.

Sin embargo, al poco tiempo sucede algo difícil de explicar. Estos hombres vuelven de nuevo a Jerusalén y se reúnen en nombre de Jesús, proclamando a todos que el profeta ajusticiado días antes por las autoridades del templo y los representantes del Imperio está vivo. ¿Qué ha ocurrido para que abandonen la seguridad de Galilea y se presenten de nuevo en Jerusalén, un lugar realmente peligroso donde pronto serán detenidos y perseguidos por los dirigentes religiosos? ¿Quién los ha arrancado de su cobardía y desconcierto? ¿Por qué hablan ahora con tanta autoridad y convicción? ¿Por qué vuelven a reunirse en nombre de aquel a quien han abandonado al verlo condenado a muerte? Ellos solo dan una respuesta: **“Jesús está vivo. Dios lo ha resucitado”**. Su convicción es unánime e indestructible. La podemos verificar, pues aparece en todas las tradiciones y escritos que han llegado hasta nosotros.

De diversas maneras y con lenguajes diferentes, todos confiesan lo mismo: **“La muerte no ha podido con Jesús; el crucificado está vivo. Dios lo ha resucitado”**. Los seguidores de Jesús saben que están hablando de algo que supera a todos los humanos. Nadie sabe por experiencia qué sucede exactamente en la muerte, y menos aún qué le puede suceder a un muerto si es

resucitado por Dios después de su muerte. La idea de resurrección la expresan con dos términos: **“despertar”** y **“levantar”**. En todas las formulas que emplean para expresar esa experiencia hablan de la **“resurrección”**.

Esta resurrección no es un retorno a su vida anterior en la tierra. Jesús no regresa a esta vida biológica que conocemos para morir un día de manera irreversible. No es la reanimación de un cadáver. Es mucho más. Jesús no vuelve a esta vida, sino que entra definitivamente en la **“Vida” de Dios**. Una vida liberada donde ya la muerte no tiene ningún poder sobre él.

Los relatos evangélicos sobre las **“apariciones”** de Jesús resucitado pueden crear en nosotros una cierta confusión. Según los evangelistas, Jesús puede ser visto y tocado, puede comer, subir al cielo hasta quedar ocultado por una nube. Si entendemos estos detalles narrativos de manera material, da la impresión de que Jesús ha regresado de nuevo a esta tierra para seguir con sus discípulos como en otro tiempo. Sin embargo, los mismos evangelistas nos dicen que no es así. **Jesús es el mismo, pero no el de antes**; se les presenta lleno de vida, pero no le reconocen de inmediato; está en medio de los suyos, pero no lo pueden retener; es alguien real y concreto, pero no pueden convivir con él como en Galilea. **Sin duda es Jesús, pero con una existencia nueva.**

Tampoco han entendido los seguidores de Jesús su resurrección como una especie de supervivencia misteriosa de su alma inmortal, al estilo de la cultura griega. El resucitado no es alguien que sobre-vive después de la muerte despojado de su corporalidad. Ellos son hebreos y, según su mentalidad, el **“cuerpo”** no es simplemente la parte física o material de una persona, algo que se puede separar de otra parte espiritual. **El “cuerpo” es toda la persona** tal como ella se siente enraizada en el mundo y conviviendo con los demás; cuando hablan de cuerpo están pensando en la persona con todo su mundo de relaciones y vivencias, con toda su historia de conflictos y heridas, de alegrías y sufrimientos. Para ellos es impensable imaginar a Jesús resucitado sin cuerpo: sería cualquier cosa menos un ser humano. Pero, no están pensando en un cuerpo físico, de carne y hueso, sometido al poder de la muerte, sino en un **“cuerpo glorioso”** que recoge y da plenitud a su vida concreta desarrollada en este mundo.

Allí donde todo se acaba para Jesús, Dios empieza algo radicalmente nuevo. Esta acción creadora de Dios acogiendo a Jesús en su misterio insondable es un acontecimiento que desborda el entramado de esta vida donde nosotros nos movemos. Se sustrae a cualquier experiencia que podamos tener en este mundo. No lo podemos representar adecuadamente con nada. Por eso, **ningún evangelista se ha atrevido a narrar la resurrección de Jesús**. Nadie puede ser testigo de esta acción trascendente de Dios. La resurrección no pertenece ya a este mundo que nosotros podemos observar. Por eso se puede decir que **no es propiamente un “hecho histórico”**, como tantos otros que suceden en el mundo y que podemos constatar y

verificar, pero es un “hecho real” que ha sucedido realmente. No solo eso. Para los que creen en Jesús resucitado es el hecho más real, importante y decisivo que ha ocurrido para la historia humana, pues constituye su fundamento y su verdadera esperanza.

Los primeros cristianos piensan que con esta intervención de Dios se inicia la resurrección final, la plenitud de la salvación. **Jesús es el solo el “primogénito de entre los muertos”,** el primero que ha nacido a la vida definitiva de Dios. Él se nos ha anticipado a disfrutar de una plenitud que nos espera también a nosotros. Su resurrección no es algo privado, que la afecta solo a él; es el fundamento y la garantía de la resurrección de la humanidad y de la creación entera. Jesús es “primicia”, primer fruto de una cosecha universal. **“Dios que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su fuerza”** (1 Corintios 6,14). Resucitando a Jesús, Dios comienza la “nueva creación”. Sale de su ocultamiento y revela su intención última, lo que buscaba desde el comienzo al crear el mundo: compartir su felicidad absoluta con el ser humano.

(José Antonio Pagola. JESÚS. Aproximación histórica. PPC. Madrid 2007. 411-419)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: HECHOS 10, 34A. 37-43

*En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo:
- «Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.*

Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección.

Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados.»

La lectura es un fragmento del cap.10 que narra la predicación de **Pedro** en la casa de un centurión romano, **Cornelio**, en Cesarea. El episodio de su conversión adquiere un relieve de primer plano en el libro de los Hechos y marca un viraje decisivo en la proclamación del evangelio, que **se abre del todo a los gentiles**. Dios quiere que también los incircuncisos entren a formar parte del pueblo santo, rompiendo los prejuicios raciales y puritanos de los judeo-cristianos representados por Pedro.

Es la primera vez que el mensaje cristiano sale del círculo estrictamente judío en sus diferentes grupos religiosos. Pedro se centra en **el anuncio del kerigma** (anuncio o proclamación de la iglesia primera) típico de los múltiples discursos del libro de los Hechos:

Cristo ha muerto y ha resucitado; la Escritura, los profetas en este caso, ya lo anunciaban; nosotros somos testigos de todo lo sucedido; cambiad de vida, aceptad la fe en Cristo y bautizaos.

SALMO RESPONSORIAL: Sal 117

Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. **R/**

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. **R/**

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo Ya hecho, ha sido un milagro patente. **R/**

2ª LECTURA: COLOSENSES 3, 1-4

Hermanos:

Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba no a los de la tierra.

Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria.

Todo el cap. 3 de la carta es una exposición de la nueva vida en Cristo. **El fundamento de la vida cristiana es la resurrección y la consiguiente unión con Cristo resucitado.** El nos hace morir al pecado y renacer a una vida nueva, que tendrá su manifestación gloriosa cuando traspasemos los umbrales de esta vida mortal.

Destinados a vivir resucitados con Cristo en la gloria, nuestra vida tiene que tender hacia él. Ello implica despojarnos del hombre viejo por una conversión cada día más radical y revestirnos cada día más profundamente de la imagen de Cristo por la fe y el amor. Tenemos que vivir con los pies en la tierra, pero con la mente y el corazón en el cielo donde están los bienes definitivos y eternos.

EVANGELIO: JUAN 20, 1-9

Las dos formas primeras de expresar la fe en la resurrección fueron **las apariciones y el sepulcro vacío**. El presente relato, que se complementa con la aparición a María Magdalena (10-18), las ha sintetizado. Con ellas se pretende enseñar que el sepulcro

vacío, al que hay que añadir el estado en el que se encontraban las vendas y el sudario, apunta a la resurrección de Jesús.

1. El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.

Todos los evangelistas cuentan que, al día siguiente de la crucifixión, muy de mañana, unas mujeres se acercaron a sepulcro donde había sido depositado el cadáver de Jesús y lo encontraron abierto y vacío.

El primer día de la semana es el primero de la nueva creación; los cristianos se lo dedicarán al Señor (Dominus) glorificado y por eso lo llamarán “dies dominica” /dominicus” (=domingo).

María de Magdala es una de las tres que estuvieron junto a la cruz. Ha esperado todo el sábado y la noche del día siguiente; pero se levanta impaciente de madrugada, o mejor, no dice lo que no vio: el cadáver de Jesús.

2. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: - «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.»

La reacción de María es de alarma. Avisa a los dos discípulos por separado. Como lo había anunciado Jesús, **su muerte ha provocado la dispersión de los suyos.**

En vez de anunciarles el dato objetivo, que la losa estaba quitada, María les propone su propia interpretación del hecho: **se han llevado al Señor.** Lo que era señal de vida (el sepulcro abierto) no lo ve como tal. Llama a Jesús "el Señor", pero para ella es un Señor impotente, que está a merced de lo que quieran hacer con él. El plural **no sabemos indica la desorientación de la comunidad.**

Ésta se siente perdida sin Jesús. Hay una actitud de búsqueda, pero **buscan a un Señor muerto.** Él era su fuerza y su punto de referencia; al creerlo reducido a la impotencia, la comunidad queda ella misma sin ánimos y sin norte.

El primer discípulo es Simón, el segundo, aquel a quien quería Jesús. Esta denominación sintetiza los datos que aparecían en las otras ocasiones que los nombra juntos: **el discípulo es el amigo de Jesús, que experimenta su amor, responde a él y cumple su mandamiento.**

3-5 Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró.

Los dos actúan inmediatamente. **Dos deben ser los testigos según la ley.** Con el realismo de una carrera, casi competición, el autor quiere decir algo

más. Pedro es el jefe indiscutido en todo momento; pero el otro discípulo es el predilecto. Estuvo a la derecha de Jesús en la cena, al pie de la cruz en la muerte. Impulsado por el amor corre más aprisa y es el primero en creer.

Corre más deprisa el que tiene experiencia del amor de Jesús, el que ha sido testigo del fruto de la cruz. Pedro no concibe aún la muerte como muestra de amor y fuente de vida.

6-7 Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte.

Pedro, cuyo seguimiento había fracasado en el atrio del sumo sacerdote, mientras el otro discípulo siguió a Jesús, se siente ahora seguro siguiendo al discípulo fiel; corriendo tras él podrá alcanzar su meta. El que es amigo de Jesús marca el camino. Pedro no se detiene a mirar, entra directamente.

Dentro del sepulcro ve lo que el otro *había* visto desde la puerta, **los lienzos puestos,** es decir, las sábanas extendidas, señal de la boda preparada. Pero descubre también **el sudario.** El sudario es el único elemento común de la sepultura de Jesús con la de Lázaro, es el símbolo de la muerte. En cambio, las vendas que ataban a Lázaro, impidiéndole marchar, no corresponden a los lienzos de Jesús. El lecho del sepulcro, con las sábanas puestas, **visto desde fuera, aparecía como un tálamo nupcial,** significando vida y fecundidad. Queda excluido el robo de su cadáver. Un ladrón no hubiera dejado las cosas tan ordenadas.

8. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

El evangelista subraya que el discípulo quiso esperar a que Pedro entrara primero. Era un **gesto de amor y reconciliación,** como buen discípulo siguiendo a Jesús. Está en sintonía con Jesús, la Vida, comprende sus señales y podrá ser testigo de la resurrección como lo ha sido de la muerte y del amor.

El evangelista pone en contraste a los dos discípulos al señalar solamente la fe del segundo. En otros pasajes del evangelio se ve que en la cercanía a Jesús y en la percepción de las señales este discípulo precede siempre a Pedro (13,23.25; 18,15).

Únicamente de él se dice que *vio y creyó.* El sepulcro vacío fue para él, y solo para él, un “signo”. Estamos dentro de la mentalidad joánica.

9. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Anunciando su resurrección a los discípulos, les había dicho Jesús: Dentro de poco dejaréis de verme, pero un poco más tarde me veréis aparecer (16,16). Esta ausencia breve aludía a Is 26, 19-21.

3. PREGUNTAS...

1. “Nosotros somos testigos”

Parecía que las mil esperanzas de liberación que se te tejieron en torno a Jesús terminarían con el fracaso de la cruz. Pero algo ha roto la lógica de ese fracaso. Su memoria no se ha perdido entre los millones de anónimos asesinados por "motivos de Seguridad Nacional" a lo largo de la historia. Apenas unos años después, sus seguidores, que lo habían abandonado a la muerte, afirman tener una experiencia que rompe su desesperanza y que se les impone a pesar suyo: Jesús había sido rescatado de la muerte por el Padre, que lo confirmaba mediante la resurrección.

Pedro nos dice algo importante: **“Yo solo sé lo que he vivido. Y es lo que os transmito”**. Nosotros todos hemos recibido el testimonio de la fe de otros que nos han pasado la buena noticia. No solo de una verdad que llevaban muy dentro sino de un encuentro con el Viviente que ha hecho que sus vidas tengan sentido.

El **Papa Francisco** nos dice algo esencial a este respecto: “Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o «kerygma», que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial... **El kerygma es trinitario**. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: **«Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte»**».

La centralidad del kerygma demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes: que exprese **el amor salvífico de Dios previo** a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas **actitudes** que ayudan a acoger mejor el anuncio: **cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena**. (EG, 164-165)

- *¿Creo en Jesús resucitado, presente y vivo en mi vida?*
- *¿Sé decir con hechos y palabras lo que siento muy dentro?*

2. “Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver”

La actuación de Jesús no ha terminado con su muerte. Aquel que llamaba al seguimiento, hoy sigue llamando. Aquel que ofrecía el perdón de Dios a los

pecadores, hoy lo sigue ofreciendo. Aquel que se acercaba a los pequeños y maltratados, hoy lo podemos encontrar identificado con todos los pobres y necesitados. La causa de Jesús sigue viva. De nosotros depende que continúe, con la misma fuerza, con la misma constancia y fidelidad.

La resurrección de Jesús es **la mejor noticia** que podíamos recibir los hombres. Es la que sostiene y da sentido a nuestra fe.

La fe en la resurrección es fuente de liberación.

El que cree en la resurrección tiene una nueva fuerza de liberación ya que su vida no puede, en definitiva, ser detenida por nada ni por nadie. La fe en la resurrección se debe convertir para el creyente en una llamada a la liberación individual y colectiva.

El que de verdad cree, espera y ama el futuro último de Dios para los hombres no puede conformarse con el mundo actual tal como está. La esperanza no tranquiliza al creyente, sino que le inquieta, ya que nos descubre la distancia enorme que todavía nos separa del futuro último de Dios que nos está reservado.

- *¿Siento que hoy me sigue llamando para continuar su tarea: de cercanía, de liberación, de escucha, de curación, de perdón?*

3. MARÍA, PEDRO Y JUAN

María siempre alerta, ya de mañana corre, para embalsamar el cuerpo (con otras tres mujeres, nos dice Marcos). Espera encontrar el cuerpo y no hay nadie. Después Juan nos relata el encuentro con el “jardinero”. Pero ella piensa que se lo han llevado. También nosotros cuando buscamos y no encontramos como esperamos, desistimos y echamos la culpa a otros. No estamos abiertos al don y a la sorpresa. Nos falta constancia. No confiamos en la palabra dicha anteriormente por Jesús.

Pedro se preocupa, corre con sus pies cansados, comprueba, pero calla y se queda en la duda razonable. Necesita ver para creer. También nosotros, con nuestra vida cristiana a “la carta”, decimos creer, pero nuestra vida no se corresponde con aquello que hemos visto, sentido y creído. Necesitamos algo fuerte para la conversión.

Juan es el que vuela, porque ha experimentado el amor. Solamente el que ama de veras y se siente amado, ve signos, señales, del Resucitado.

Y hablando de señales. Nos preguntamos muchas veces, yo así lo hago, sobre el silencio de Dios. Silencio de Dios en la cruz, silencio de Dios en tantos sufrimientos personales y colectivos. ¿Dónde estará Dios? Es verdad que en toda la Pasión se siente, como dice Bonhoeffer, que **“Jesús está ante Dios sin Dios”**.

Pero **hay señales que emiten voces**. Cuando Jesús muere, el velo del templo se rasga y el centurión le confiesa Hijo de Dios. De acuerdo con esta revelación que brota del silencio (**son las voces del silencio que tanto nos cuesta oír**) es “Hijo de Dios el abandonado y es Templo de Dios el cuerpo crucificado” (Vanhoey). Tomemos nota.

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>